

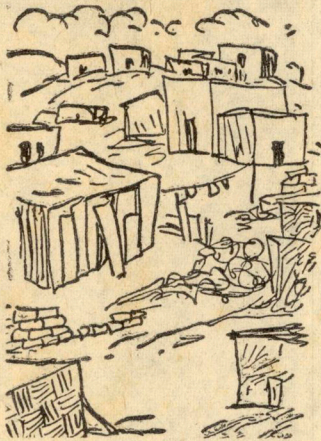
Alguien que no Predica en el Desierto

por Sebastián Salazar Bondy

El Padre Harold Griffiths, ese cura batallador que no cesa de luchar, sea cual fuere la tribuna de que disponga en cada ocasión, por la justicia social, acaba de decir en una reunión del Club de Leones unas cuantas verdades que es necesario repetir una y mil veces a los tardos oídos de quienes, inmersos en su dicha, se muestran insensibles al drama de las mayorías. Y ha creado, además, una revolucionaria significación para los vocablos "barriada marginal" con que habitualmente se designan sólo las zonas suburbanas donde la población indigente se aloja en chozas y tugurios. "Barriadas", en la nueva acepción, son también, según Griffiths, los sectores residenciales de la ciudad, ahí "donde hay lujo exterior, pero mucha podredumbre moral por dentro". Existe, pues, un cinturón de miseria y otro de pompa en torno a esta desgraciada Lima.

El tono del joven sacerdote peruano es nuevo entre nosotros, más no es insólito en la voz de la Iglesia, que lo asumió cuando el conformismo cómodo hizo olvidar a los apóstoles su misión esencial. Es un lenguaje realista que combate la mentira con la verdad desnuda, que destruye el lugar común tras el cual, conforme León Bloy lo proclamaba, el burgués

(más una clase moral que una clase social) disfraza sus viciosas debilidades y sus placeres infames. Llamar "barriadas marginales" a las apacibles urbanizaciones de los millonarios puede llamar a escándalo, ya que la expresión transtorna el confortable esquema del mundo que la burguesía ha hecho a su



medida, pero responde a la realidad. Barriadas son, en sentido estricto, esos conjuntos urbanos homogéneos en su constitución y en su aspecto, y marginales también puesto que sus gentes están situadas al margen de los hechos auténticos, apartadas por sus muros del hervor terrible que la ciudad padece y en el

cual se incuba no se sabe qué horrenda catástrofe. La palabra de Griffiths tiene el aire impetuoso y radical de la legítima voz cristiana, que no pacta y que levanta la piedra de los sepulcros blanqueados del fariseísmo. Que se sepa que su cruzada no es la de la voz que predica en el desierto: la respalda el país inteligente.

De igual índole es la campaña de Griffiths sobre la juventud, en la que ve germinar los males que una siembra irresponsable multiplica día a día. De un lado, la juventud desamparada de los que nacen sin hogar en las cuevas de los cerros, en los callejones promiscuos, en los paupérrimos colmenares de los suburbios, y de otro, la juventud deformada por el ocio que cultiva la riqueza, maleducada por el ejemplo de los mayores entregados a la diversión frívola, al culto del lujo, a la exterioridad vacua. En ambos casos los jóvenes de esta o aquella "barriada marginal" son inocentes, y la culpabilidad de los actos dañinos que cometen la tiene la sociedad, que no supo educarlos.

"Pájaros fruteros" o "rocanroleros", delincuentes por hambre o delincuentes por entretenimiento, son ellos producto de un estado de cosas social de cuya transformación depende el futuro del país, implícito en los principios que le sean inspirados a los niños y a los adolescentes del presente. "No podemos predicar —dice Griffiths— sin antes dar algo".

¿Qué algo es ese? No se necesita meditar mucho para descubrirlo: se trata de llenar ese vacío espiritual y material que unos evaden por el delito, otros por la adopción de las ideologías extremistas, otros por la simple destrucción. En todos los casos, falta el hogar, que no es sólo un techo, sino ante todo amor, paz, esperanza. Es decir, bienestar. ¡Y estamos muy lejos de ese bienestar! Muy pocas personas —una de ellas, el Padre Griffiths— trabajan por conquistarlo. Seglares o sacerdotes, el resto prefiere esconder la cabeza bajo tierra ante el peligro que amenaza, o disimular las exigencias de su conciencia dando la limosna periódica, cumpliendo los preceptos religiosos y civiles, adheriendo una filosofía que justifica los abismos económicos o prohibiendo tontamente esto o aquello (el inocente hula-hula, por ejemplo). La mortificación que en tantos ha de haber producido ese discurso de Griffiths pasará pronto, pero queda la esperanza que nuestro brillante predicador, cuya pasta parece tenaz, no los deje tranquilos por mucho tiempo.